

Cántico
DE SANGRE
ANNE
RICE

NUEVA ENTREGA DE LAS
CRÓNICAS VAMPIRICAS

Lestat, quien fuera una vez epítome de la maldad, lucha ahora contra su propia condición de vampiro anhelando alcanzar la pureza, a la vez que se enfrenta a fantasmas, leyendas, secretos y el misterio de Taltos, mientras trata de reconducir el destino de su amada, Rowan Mayfair.

En Cántico de sangre coinciden varios de los personajes de las legendarias series de Anne Rice: Crónicas Vampíricas y Las Brujas de Mayfair: Mona Mayfair, que, esperando su muerte en Blackwood Farm, es arrastrada al reino de los inmortales; Rowan Mayfair, bruja y neurocirujana, que siente una peligrosa atracción por Lestat; Patsy, una cantante de música country que vuelve para enfrentarse a aquel que la asesinó; y el espíritu de Julien Mayfair, guardián de la familia, determinado a vengarse de Lestat.

«Un relato gótico que renueva la fuerza de las Crónicas Vampíricas».

*Para Stan Rice 1942-2002
El amor de mi vida*

*"Celebra, joven, tu juventud,
deja que tu corazón te reconforte
en los días de tu juventud
y sigue los dictados de tu corazón
y lo que vean tus ojos, pero ten presente
que Dios te juzgará por todo ello."*

Eclesiastés, 11,9. Versión Rey Jacobo

1

Deseo ser santo. Deseo salvar a millones de almas. Deseo hacer el bien en todo el mundo. ¡Deseo combatir el mal!

Deseo ver mi estatua, realizada a tamaño natural, en todas las iglesias. Mido un metro ochenta centímetros de estatura, tengo el pelo rubio y los ojos azules.

Un momento. ¿Sabe usted quién soy?

Estoy pensando que quizá sea usted un lector nuevo y todavía no haya oído hablar de mí.

En tal caso, permítame que me presente, cosa que me encanta hacer al comienzo de cada uno de mis libros.

Soy el vampiro Lestat, el vampiro más potente y entrañable que haya sido creado jamás, un ser sobrenatural impresionante, de doscientos años, aunque fijados para siempre en la forma de un varón de veintidós años con unas facciones y un cuerpo por los que usted estaría dispuesto a morir... y quizá lo haga. Soy increíblemente ingenioso e innegablemente encantador. La muerte, la enfermedad, el tiempo y la gravedad no significan nada para mí.

Sólo tengo dos enemigos: la luz del día, que me convierte en un ser inerte y vulnerable a los rayos abrasadores del sol, y la conciencia. Dicho de otro modo, estoy condenado a ser un habitante eterno de la noche y un vampiro eternamente atormentado. ¿No le parezco irresistible?

Antes de que prosiga con mi fantasía permítame que le asegure:

Que sé perfectamente cómo ser un excelente escritor postrenacentista, post siglo XIX, postmoderno y postpopu-

lar. No deconstruyo nada. Es decir, lo que va usted a leer aquí es una historia con todas las de la ley, con un comienzo, un desarrollo y un fin. Me refiero a un argumento, unos personajes, la correspondiente intriga y lo que haga falta.

Conseguiré satisfacerle. Así que tranquilícese y siga leyendo. No se arrepentirá. ¿Cree que no deseo captar nuevos lectores? Mi nombre es sinónimo de sed, querido. ¡Estoy deseando apoderarme de usted!

No obstante, dado que me he tomado un respiro en mi obsesión por convertirme en santo, permítame que dedique unas palabras a mis leales seguidores. Ustedes, los nuevos, síganme. No les costará ningún esfuerzo. ¿Por qué iba yo a hacer algo que les resultara difícil? Sería como echar piedras a mi propio tejado.

Bien, a todos los que me adoráis. A mis millones de seguidores.

Decís que queréis volver a tener noticias mías. Dejáis rosas amarillas frente a la puerta de mi casa, en Nueva Orleans, con notas escritas de vuestro puño y letra en las que decís:

«Vuelve a hablarnos, Lestat. Danos un nuevo libro. Nos chiflan tus Crónicas Vampíricas, Lestat. Hace mucho que no sabemos nada de ti. Regresa, Lestat, por favor.»

Pero dejad que os pregunte, estimados seguidores míos (no os apelotonéis para contestarme), ¿qué diablos ocurrió cuando os ofrecí Memnoch el Diablo, eh? Fue la última entrega de las Crónicas Vampíricas que yo mismo escribí.

Si, ya sé, comprasteis el libro. No me quejo de eso, queridos lectores. De hecho, el libro más vendido de las Crónicas Vampíricas ha sido Memnoch. ¿Qué os parece ese detalle tan prosaico? Pero ¿lo aceptasteis con entusiasmo? ¿Lo comprendisteis? ¿Lo leísteis dos veces? ¿Creísteis lo que relataba en él?

Yo había visitado la corte de Dios Todopoderoso y las horripilantes simas de la Perdición, chicos, y os relaté mis confesiones, hasta mi último confuso y angustiado balbu-

ceo, rogándoos que me explicarais por qué huí de esa terrorífica oportunidad de convertirme realmente en un santo. ¿y qué hicisteis vosotros? ¡Os quejasteis!

«¿Dónde se había metido Lestat, el vampiro?» Eso era lo que deseabais saber. ¿Dónde estaba Lestat, ataviado con su elegante levita negra, mostrando sus diminutos colmillos cada vez que sonreía, paseándose calzado con sus botas inglesas por el rutilante inframundo de todas las ciudades siniestras y estilosas repletas de víctimas humanas que se retuercen de dolor, la mayoría merecedoras de recibir el beso vampírico? ¡No parabais de repetirlo! ¿Dónde estaba Lestat el insaciable ladrón de sangre y destructor de almas, Lestat el vengador, Lestat el taimado, Lestat el... esto... Lestat el Magnífico?

Exactamente: Lestat el Magnífico. Es un magnífico nombre para darme en este libro. Porque, bien mirado, soy magnífico. Hombre, alguien tiene que decirlo.

Pero volvamos a vuestras quejas y protestas sobre Memnoch.

«¡No queremos esa piltrafa de chamán!», exclamasteis.

«Queremos a nuestro héroe. ¿Dónde está su clásica Harley? Queremos que se monte en ella y se lance a toda velocidad por las avenidas y callejuelas del Barrio Francés. Queremos oírle cantar a pleno pulmón mientras escucha música a través de sus diminutos audífonos, luciendo sus gafas de color púrpura, con su pelo rubio ondeando al viento.»

Vale, tíos, mola, me gusta esa imagen. De veras. Aún conservo la moto. y sí, adoro las levitas, de hecho me las hacen a medida; eso no os lo discuto. y luego están las botas, por supuesto. ¿Queréis saber cómo voy vestido en estos momentos? ¡Pues no pienso decíroslo!

En todo caso, aún no.

Pero reflexionad sobre lo que trato de deciros.

Os ofrezco aquí esta visión metafísica de la Creación y la Eternidad, toda la historia (más o menos) de la cristiandad,

un montón de meditaciones sobre los misterios del cosmos, ¿y qué recibo a cambio? «¿Qué clase de novela es ésta? —preguntasteis—. ¡No te dijimos que fueras al cielo y al infierno! ¡Queremos que vuelvas a ser el exquisito monstruo de siempre!» ¡Mon Dieu! Me ponéis malo. De veras, os lo digo en serio. Por más que os amo, por más que os necesito, por más que no puedo vivir sin vosotros, ¡me ponéis malo!

Vale, tirad este libro a la papelera. Escupidme. Insultadme. ¡A que no os atrevéis! Expulsad me de vuestra órbita intelectual. Echad me de vuestra pandilla. Arrojad me al contenedor de basura del aeropuerto. ¡Dejadme en un banco en Central Park! ¿A mí qué me importa?

No. No quiero que hagáis eso. No lo hagáis. ¡NI SE OS OCURRA!

Quiero que leáis cada página que he escrito. Quiero que mi prosa os envuelva. Si pudiera, bebería vuestra sangre y os recogería en mi interior en cada recuerdo, en cada latido, en cada marco de referencia, triunfo temporal, pequeña derrota, momento místico de rendición. De acuerdo, me vestiré a tono con la ocasión. ¿Acaso no lo hago siempre? ¿Existe alguien que, vestido con harapos, esté más atractivo que yo?

Suspiro. ¡Detesto mi vocabulario! ¿Cómo es posible que, por más que lea, acabe siempre expresándome como un punk internacional de pacotilla?

Por supuesto, una de las razones es mi obsesión por ofrecer un relato al mundo mortal que pueda ser leído prácticamente por cualquiera. Quiero ver mis libros en los suburbios y bibliotecas de universidades. ¿Captáis la onda? Pese a mi sed cultural y artística, no soy un elitista. ¿O no os habías enterado?

Otro suspiro. ¡Estoy desesperado! Una psique constantemente hiperactiva, que es la suerte de todo vampiro. Debería estar asesinando a algún tipo despreciable, chu-

pándole la sangre como si fuera un caramelo. Pero aquí me tenéis, escribiendo un libro.

Por eso no existe en el mundo dinero ni poder capaz de silenciarme durante mucho tiempo. La desesperación es el origen de la fuente. ¿Y si todo eso no tuviera ningún sentido? ¿Y si los elegantes muebles franceses decorados con cuero u oro de imitación no importaran lo más mínimo en el cuadro general? ¡Uno puede temblar de desesperación tanto en las habitaciones de un palacio como en una pocilga! ¡Y no digamos en un ataúd! Pero olvidaos del ataúd. Ya no soy lo que llamaríamos un vampiro de ataúdes. Eso es pura filfa. Aunque confieso que antiguamente me gustaba dormir en ellos.

En cierto aspecto, no hay nada como... Pero ¿por dónde iba?

Ah, sí, pasemos a otro tema, pero...

Por favor, antes de proseguir, permitid que proteste por el impacto que sufrió mi mente debido a mi confrontación con Memnoch.

Prestad todos atención, tanto los lectores nuevos como los antiguos:

¡Fui atacado por lo divino y lo sacramental! Se dice que la fe es un don, ¡pero os aseguro que se parece más aun accidente de carretera! Me sacudió la psique.

El hecho de ser un vampiro de pleno derecho es duro cuando has visto las calles del cielo y el infierno. Y vosotros tendríais que concederme cierto espacio metafísico.

De vez en cuando me entra la neura y me digo: ¡QUIERO DEJAR DE SER MALVADO!

No respondáis todos a la vez: «¡Queremos que sigas siendo el malo, nos lo prometiste!»

Vamos, debéis tener en cuenta que padezco. Es justo.

Por otra parte, soy tan bueno haciendo de malo... El eslogan de siempre. Si no lo he mandado estampar en una camiseta, lo haré. En realidad, no quiero escribir nada que no pueda estamparse en una camiseta. En realidad, me

gustaría escribir novelas enteras en camisetas. Para que vosotros pudierais decir: «Llevo puesto el capítulo ocho del nuevo libro de Lestat, que es mi favorito. Anda, si tú llevas el capítulo seis...»

De vez en cuando confieso que me pongo... ¡Bueno, ya basta! ¿ES QUE NO HAY FORMA DE LIBRARME DE ESTO?

No pararás de susurrarme al oído, ¿verdad?

Camino por Pirate's Alley, con el aspecto de un vago cubierto de polvo moralmente imperativo, cuando te acercas subrepticamente y dices: «Despierta, Lestat», y yo me vuelvo rápidamente y ¡pumba!, choco como Superman contra ese artilugio tan americano que es una cabina telefónica ¡Y voila!

Aparezco de nuevo ataviado de pies a cabeza de terciopelo, Y te agarro por el cuello. Nos encontramos en el vestíbulo de la catedral (¿adónde creías que iba a llevarte? ¿No quieres morir en tierra sagrada?), y tú venga suplicarme. ¡Vaya, hombre, me ha pasado! Sólo quería dar un pequeño sorbo, no digas que no te avisé. Bien pensado, ¿realmente te avisé?

De acuerdo, olvídalo, qué más da, deja de estrujarte las manos, anda, tranquilízate, corta el rollo, ¿vale?

Me rindo. ¡Por supuesto que en esta historia vamos a deleitarnos en la maldad pura! ¿Quién soy yo para renegar de mi vocación como un cuentacuentos católico por excelencia? A fin de cuentas, las Crónicas Vampíricas las inventé yo, ¿sabéis?, y cuando me dirijo a vosotros, no soy simplemente un monstruo, sino que escribo porque os necesito, no puedo respirar sin vosotros.

Sin vosotros me siento impotente... ... Y he vuelto, un suspiro, un estremecimiento, una carcajada, unos pasos de claqué Y estoy casi listo para tomar el armazón de este libro y pegar sus cuatro esquinas con la infalible supercola de un apasionante relato. Va a ser espectacular, os juro por el fantasma de mi difunto padre que, en mi mundo, no existe

técnicamente la digresión. Todos los caminos conducen a mi persona.

Silencio.

Un latido.

Pero antes de que nos centremos en el tiempo presente, permitidme gozar de mi pequeña fantasía. La necesito. No soy sólo un personaje de relumbrón, chicos, ¿es que no lo veis? No puedo remediarlo.

Por lo demás, si no soportáis leer esto, pasad directamente al capítulo dos. ¡Vamos! y para aquellos de vosotros que me amáis sinceramente, que deseáis asimilar cada matiz del relato que vais a leer, os invito a acompañarme. Por favor, seguid leyendo:

Deseo ser un santo. Deseo salvar a millones de almas. Deseo hacer el bien en todas partes. Deseo ver mi estatua de yeso realizada a tamaño natural en todas las iglesias del mundo. Mi cuerpo de metro ochenta de estatura, los ojos de cristal azules, ataviado con una larga túnica de terciopelo de color púrpura, observando, con las manos ligeramente separadas, a los fieles que rezan al tiempo que me tocan un pie.

«Lestat, cúrame de mi cáncer, haz que encuentre mis gafas, ayuda a mi hijo a desengancharse de las drogas, haz que mi marido me quiera.»

En Ciudad de México, los jóvenes se acercan a las puertas del seminario sosteniendo en la mano una de mis estatuillas, y algunas madres lloran ante mí en la catedral mientras exclaman: «¡Salva a mi hijita, Lestat! ¡Cúrame de mis dolores, Lestat! ¡Puedo caminar, Lestat! ¡Mirad, la estatua se mueve, derrama lágrimas!»

En Bogotá, Colombia, los narcotraficantes deponen sus armas ante mí. Los asesinos se postran de rodillas musitando mi nombre.

En Moscú, el patriarca se inclina ante mi imagen sosteniendo en brazos a un niño paralítico, y éste se cura. Miles de personas en Francia regresan a la Iglesia gracias a mi in-

tercesión, y la gente murmura ante mí: «Me he reconciliado con la ladrona de mi hermana, Lestat, he renunciado a mi pérfida amante. He denunciado al banco por estafar a la gente, Lestat, hoy es el primer día que asisto a misa en muchos años, Lestat, voy a ingresar en el convento y nada ni nadie puede detenerme.»

En Nápoles, cuando el Vesubio entra en erupción, pasean mi estatua por las calles en procesión para frenar la lava antes de que destruya las poblaciones costeras. En Kansas, miles de estudiantes desfilan frente a mi imagen rogándome que les ayude a practicar el sexo seguro o a abstenerse de practicarlo. En toda Europa y América me invocan durante la misa para una intercesión especial.

En Nueva York, un grupo de científicos anuncia al mundo entero que, gracias a mi intercesión, han conseguido fabricar una droga sin olor, sin sabor e inocua que provoca el subidón de las pastillas de diseño, la cocaína y la heroína juntas, y que además es baratísima —todo el mundo puede comprarla—, y totalmente legal. ¡Esto acaba definitivamente con el negocio del narcotráfico!

Senadores y congresistas sollozan y se abrazan al oír la noticia. Erigen de inmediato mi estatua en la Catedral Nacional.

En todas partes escriben himnos en mi honor. Inspiro poesías piadosas. Se imprimen millones de ejemplares de mi edificante biografía (una docena de páginas), ilustrados a todo color. La gente acude en masa a la catedral de San Patricio, en Nueva York, para depositar sus peticiones escritas a mano en una cesta frente a mi imagen.

Pequeños duplicados de mi persona adornan tocadores, encimeras, escritorios y mesas de ordenadores en todo el mundo. «¿No has oído hablar de él? Si le rezas, a partir de ahora tu marido se comportará como un corderito, tu madre dejará de chincharte, tus hijos vendrán a verte cada domingo; luego, envía el dinero a la iglesia como muestra de gratitud.» ¿Dónde están mis restos? No existen. Todo mi

cuerpo se ha convertido en una reliquia, diseminada por el mundo entero: pedacitos resacos de carne, huesos y pelo conservados en unos estuches de oro llamados relicarios, algunos fragmentos depositados en la parte posterior hueca de crucifijos, otros, en medallones que las personas lucen colgados del cuello. Siento todas esas reliquias. Me refocilo consciente de su influencia. «Lestat, ayúdame a dejar de fumar. Tengo un hijo gay, Lestat, ¿irá al infierno? —¡Por supuesto que no!—. Me estoy muriendo, Lestat. Nada puede devolverme a mi padre, Lestat, este dolor es insopportable. ¿Existe realmente Dios, Lestat? —¡Sí!»

Yo respondo a todo el mundo. Paz, la certeza de lo sublime, la irresistible alegría de la fe, el cese del dolor, la profunda abolición de todo cuanto carece de significado.

Soy importante. Soy vasta y prodigiosamente conocido. ¡Soy inevitable! ¡Formo parte de la historia presente! Escriben artículos sobre mí en las páginas del New York Times.

Y, a todo esto, estoy en el cielo con Dios. Estoy con el Señor en la Luz, el Creador, la Fuente Divina de todas las cosas. Me ha sido revelada la solución de los misterios. ¿Por qué no? Conozco las respuestas a cualquier pregunta.

Dios me dice: «Debes aparecerte a las personas. Es el deber de todo gran santo.

Es lo que esperan que hagas en la Tierra.»

De modo que abandono la Luz y desciendo lentamente hacia el planeta verde.

Cuando penetro en la atmósfera terrestre experimento una ligera y prudente pérdida del conocimiento inefable. Ningún santo puede llevar ese conocimiento inefable al mundo porque éste no lo comprendería.

Me adorno con mi antigua personalidad humana, por así decir, pero sigo siendo un gran santo, y estoy totalmente pre parado para aparecerme a las personas. ¿Que adónde me dirijo? ¡Adónde voy a dirigirme!

La Ciudad del Vaticano, el reino más pequeño de la Tierra, está en silencio.

Me acerco al dormitorio del Papa. Se parece a la celda de un monje: una pequeña cama y una silla. No puede ser más sencillo.

Juan Pablo II, de ochenta y dos años, está sufriendo: el dolor que siente en los huesos le impide dormir, los temblores debidos a la enfermedad de Parkinson son muy fuertes, la artrosis le afecta todo el cuerpo, el tiempo ha hecho estragos en él.

El Papa abre los ojos despacio. Me saluda en inglés.

—San Lestat —dice—. ¿Por qué has venido a verme a mí? ¿Por qué no te has aparecido al padre Pío?

No es una gran reacción.

Pero sé que el Papa no pretende ofenderme. Su pregunta es comprensible. El Papa ama al padre Pío. Ha canonizado a centenares de santos. Probablemente los amaba a todos. Pero por el padre Pío siente un amor especial. En cuanto a mí, no sé si me amaba cuando me canonizó, porque aún no he escrito la historia referente a mi canonización. Al padre Pío le canonizaron una semana antes de que yo escribiera todo esto. (Vi toda la ceremonia en la tele. A los vampiros nos encanta la tele.) Siento el gélido silencio de los aposentos papales, tan austeros pese a sus palaciegas dimensiones. En la capilla privada del Papa hay unas velas encendidas. El Papa gime de dolor.

Yo impongo sobre su cuerpo mis manos sanadoras y elimino su sufrimiento. Sus músculos se relajan. El Papa me mira con un solo ojo, manteniendo el otro cerrado, como suele hacer, y de pronto se produce entre nosotros una especie de complicidad; o, mejor dicho, percibo algo de él que todo el mundo debería conocer.

Su profunda generosidad, su intensa espiritualidad no sólo son fruto de su amor absoluto hacia Jesucristo, sino de la vida que llevó bajo el comunismo. La gente olvida ese dato. El comunismo, pese a sus atroces abusos y crueldades, es esencialmente un jactancioso código espiritual. y antes de que ese puritano gobierno influyera en su juven-

tud, Juan Pablo vivió las violentas paradojas y los horripilantes dislates de la Segunda Guerra Mundial, los cuales le enseñaron a cultivar el autosacrificio y el valor. Este hombre siempre ha vivido en un mundo espiritual. Las privaciones y el sacrificio están imbricados en sus historias como la doble hélice.

No es de extrañar que no pueda por menos de recelar de las tumultuosas voces de los prósperos países capitalistas. No comprende cómo puede brotar la pureza de la abundancia, cómo puede el exceso dar paso a la sublime inmensidad de una visión, cómo pueden nacer el altruismo y el afán de hacer el bien cuando todas las necesidades están de sobra satisfechas. ¿Puedo abordar este tema con él en estos apacibles instantes? O debo asegurarle que no tiene que preocuparse por la «codicia» del mundo occidental?

Le hablo suavemente. Empiezo analizando estos puntos. (Sí, ya lo sé, él es el Papa y yo un vampiro que escribe esa historia; pero en esta historia soy un gran santo. ¡No voy a sentirme intimidado dentro de los límites de mi propia obra!) Le recuerdo que los sublimes principios de la filosofía griega surgieron en medio de la opulencia, y él asiente lentamente con la cabeza. El Papa es un hombre culto y un filósofo. Mucha gente ignora también ese dato acerca de él.

Pero yo debo convencerle de algo infinitamente más profundo.

Lo veo claramente. Lo veo todo.

Nuestro mayor error en todo el mundo es nuestra insistencia en considerar cada nuevo acontecimiento como una culminación o un clímax. El gran «por fin» o «grado superlativo». Un fatalismo constitucional tiñe persistentemente el presente cambiante. Un inexorable alarmismo acoge cada novedad. Llevamos dos mil años «saliéndonos de madre».

Esto proviene naturalmente de nuestra susceptibilidad a contemplar el «ahora» como el día del Juicio Final, una ob-